

Despertar de un Gran Continente

(El Cambio Socioeconómico en el Africa)

Por

JOSEPH W. F. STOPPELMAN

I

EN la "Conferencia de los Pueblos Africanos" que, en diciembre pasado se celebró en Accra, capital del Estado de Ghana que aún no cumple dos años de edad, veintiocho naciones africanas semi o totalmente independientes estuvieron representadas. Sus delegados, pertenecientes a un numeroso conjunto de tribus y hablando una muy compleja variedad de dialectos, tenían un lema común: "Libertad e independencia para todos los africanos". Aunque cabe preguntarse si todos esos hombres entendían verdaderamente las tremendas responsabilidades y las incontables dificultades que engendra inevitablemente la independencia política, no cabía duda alguna acerca de su entusiasmo y de su deseo real de convertir a África en un número creciente de naciones con gobierno propio, con sistemas parlamentarios y con una economía del tipo de las que se encuentran en el mundo occidental.

Este movimiento panafricano no es, naturalmente, una idea muy reciente. Desde hace varias décadas, numerosos Estados que formaban parte de los imperios coloniales franceses y británicos se han esforzado para sacudirse totalmente del yugo de la autoridad extranjera, o por lo menos, para obtener una participación módica en la dirección del desarrollo de sus territorios y del futuro de sus habitantes. Las luchas insurgentes fueron raras; pero aun detrás de su apariencia 'pacífica', los diversos movimientos nacionales adquirieron mayor fuerza de un año a otro. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial la mayoría de las naciones europeas con intereses coloniales en África comenzaron a comprender que había llegado el momento de satisfacer, en lo posible, las demandas de los pueblos africanos. A pesar de mantener intactos y de fortalecer, siempre que fuera posible, los vínculos sociales y económicos con ellos, era imperativo otorgarles el gobierno propio que deseaban o, en cualquier caso, ayudarlos a prepararse para lograr dicha independencia.

La conversión de un pueblo colonial en una nación libre no es, de ninguna manera, un proceso fácil, que puede efectuarse sin muchas perturbaciones, a menudo muy profundas. Una nueva democracia implica la creación de una maquinaria burocrática nueva e intrincada y en la mayoría de los casos los contingentes humanos necesarios para esta tarea básica no son disponibles de inmediato. No puede negarse, evidentemente, que la causa de dicha parsimonia intelectual entre los pueblos africanos se debe en gran parte a las políticas de las potencias coloniales. En general la educación no se tomentó mucho, de modo que ahora en ciertas regiones de África el analfabetismo afecta aproximadamente al 90% de las masas. Además, los gobernantes extranjeros muy raras veces se dedicaron a enseñar a sus "pupilos" africanos el difícil arte de gobernar.

Sea como sea, los Estados africanos que aspiran a la autodeterminación se enfrentan a tremendos obstáculos, a menudo agigantados por el muy deficiente nivel de su desarrollo social y económico y por la obvia imposibilidad de realizar cambios drásticos sin disponer de la ayuda técnica y del capital de inversión extranjeros.

FIN DEL "CONTINENTE NEGRO"

No obstante, desde 1945 el nacimiento de nuevas naciones en varias partes del antiguo "Continente Negro" ocurrió a una velocidad asombrosa —pueblos que, aun cuando no están listos para hacerlo, podrán dentro de poco elevar sus voces dentro del seno de las Naciones Unidas, incrementando así la fuerza e importancia del bloque afroasiático.

Donde hace tan sólo una generación el salvajismo y la brujería imperaban, cuando no eran subyugados por las huestes coloniales de los blancos, los pensamientos de un nuevo tipo de africano surgen para afianzar la economía de un continente tan rico en recursos potenciales que, una vez parcialmente desarrollados, bien podrían cambiar la estructura del comercio mundial y amenazar el equilibrio del poderío terrestre. Los jóvenes doctores o ingenieros africanos, con educación europea o americana, piensan en términos de mejoras y protecciones a la salud de unos 135 millones de africanos, mediante la introducción de los métodos de higiene y medicina occidentales; o bien en construir plantas hidroeléctricas y en proporcionar a sus Estados las carreteras y otros medios de comunicación que son indispensables para fomentar las inversiones extranjeras.

En consecuencia, no es exagerado hablar de una revolución africana de tremenda magnitud, cambio que, a un ritmo acelerado, deja muy atrás la época feudal, sustituyén-

dola por valientes, perseverantes y, en muchos casos, muy atinados intentos de una modernización que requirió siglos para llevarse a cabo en el mundo occidental.

Convendría subrayar aquí que la mayor parte de este progreso se debe a la actuación de las naciones centrales del continente africano: Ghana, un Estado independiente desde marzo de 1957; Guinea que escogió su libertad durante el reciente referéndum instituido por el General Charles de Gaulle; el resto de Africa Occidental Francesa que dentro de los próximos meses quizá prefiera ser independiente, o prefiera una libre federación con Francia. Además, Nigeria, país de más de 30 millones de habitantes al que Gran Bretaña entregará su libertad en 1960; Sierra Leone, el Camerún y Togo. andia; Africa Ecuatorial Francesa que tendrá este año la oportunidad de convertirse en país libre. Tanganika, Uganda, Kenya y la Federación de Rodesia, todos territorios británicos en la actualidad que recibirán, eventualmente, una vez listos para ello, la soberanía que anhelan. Aun el Congo Belga con sus recientes rebeliones nacionalistas y las consiguientes represalias de las autoridades belgas, no puede excluirse de nuestra enumeración.

Es evidente que el impacto de esa carrera colosal hacia la independencia política y el desarrollo económico lo resentirán las naciones situadas al norte y al sur de los Estados centrales: Egipto, el Sudán, Libia, Etiopía, Marruecos, Somalia y Argelia hondamente atrincherada en su propia lucha por la libertad; los territorios todavía puramente coloniales de Angola, Mozambique, Basutolandia y Bechuanalandia y el único país "blanco" —la Unión Sudafricana. Sin embargo, ninguno de éstos será afectado de inmediato; y por esa razón no los volveremos a mencionar en el presente artículo.

NUEVOS PROBLEMAS

En un período muy breve millones de individuos coloniales pasivos, vinculados desde siglos a tradiciones, creencias y prejuicios de sus tribus, están atravesando una metamorfosis rápida. Logran derechos políticos, deben votar acerca de temas de política nacional, formar sus partidos políticos, convertirse en miembros activos en miles de maneras distintas y a menudo totalmente novedosas, a fin de contribuir al fortalecimiento y al desarrollo económico de sus países. Sus gobiernos, en la medida que les permitan los escasos recursos financieros de que disponen, deben edificar hospitales e implantar la enseñanza primaria, y si es posible más elevada, para ellos y particularmente para sus hijos. En alguna manera hay que darles a entender que la excitación y agitación que preceden la obtención de la libertad política no podrán continuar indefinidamente después, sino que deberán ser sustituidas por el trabajo asiduo y la devoción constante, de modo que el recién fundado Estado no sólo pueda seguir existiendo, sino que se desarrolle a un ritmo suficientemente acelerado para mantenerse a la par con el progreso alcanzado en las naciones vecinas y ser capaz de competir con ellas. Los antiguos feudos entre las tribus, a veces dentro de un mismo país, tienden a surgir nuevamente en todo su furor implacable cuando los pueblos descubren que su libertad recién adquirida no trae necesariamente consigo un estado de prosperidad general ni una felicidad hasta entonces desconocida...

En toda esa contienda y agitación, mucho dependerá, naturalmente, de la fuerza, el afán y el poder de persuasión del liderazgo africano. Hombres como el emprendedor, perspicaz, valiente y previsor Kwame Nkrumah, Primer Ministro de Ghana, dotado de una cierta capacidad directiva, rebosantes de entusiasmo para su causa, conocedores de cuándo y cómo emplear gritos de combate muy usados pero aún poderosos ("Pueblo de Africa, únete") y, sobre todo, listos a cooperar con sus antiguos amos coloniales, serán indudablemente capaces de inspirar a sus súbditos carentes de experiencia. Conservarán la confianza popular, aun en épocas de dificultades y, a la larga, guiarán sus pueblos al frente de las naciones que formen la Nueva Africa. Sin embargo, los Kwame Nkrumah no son aún muy numerosos; las diferencias entre los líderes y posibles líderes africanos quizá demoren el proceso de desarrollo económico y conviertan el deseo de Nkrumah de una Africa federada en un pensamiento ansioso...; por lo menos, para muchos años venideros.

LAZOS CON LAS ANTIGUAS POTENCIAS COLONIALES

Sin interdependencia la independencia será imposible para cualquiera de los nuevos pueblos de Africa. Ninguno de ellos es autosuficiente ni posee los medios para lograr bastarse a sí mismo. Como antes se señaló, la introducción de méto-

dos agrícolas modernos, el establecimiento de industrias claves y la preparación del campo para el flujo del capital externo implicarán tremendos egresos en carreteras, puentes, generación de energía eléctrica, nuevos puertos y para desarrollar otros servicios públicos. Los préstamos cuantiosos de potencias extranjeras son una necesidad absoluta; no se requieren dotes de profeta para prever que las potencias antiguamente coloniales estarán dispuestas a ayudar, manteniendo y mejorando así sus lazos económicos y abriendo la posibilidad de incrementar abundantemente sus relaciones comerciales con un inmenso territorio de potencial futuro nunca imaginado.

Los inversionistas extranjeros conocen, naturalmente, las posibilidades de Africa desde hace mucho; en realidad, fue el creciente capital europeo y norteamericano el que ayudó a generar los cambios sociales explosivos del presente. Pero mientras la inversión extranjera total en Africa antes de la guerra de 1939 no pasaba de 6,000 millones de dólares, en los diez años que transcurrieron entre 1945 y 1955 una cantidad casi igual se invirtió en dicho continente, dando como resultado enormes plantas de fuerza, fábricas, presas, fundiciones y numerosos edificios, tanto para oficinas como para apartamentos. Es obvio que dicha inversión de capital haya favorecido a las regiones que brindaban la mayor probabilidad de un rápido desarrollo y de ganancias inmediatas. El cromo y el cobre de Rodesia, los diamantes, el uranio y el cobre del Congo Belga atrajeron, por ejemplo, mucho capital extranjero y engendraron inversiones subsiguientes en empresas subsidiarias: carreteras, ferrocarriles y grandes proyectos hidroeléctricos.

Empero, en las zonas con clima poco atractivo, el desarrollo económico ha sido lento y —en las condiciones actuales— requiere urgentemente un fomento especial. El interés en el cacao de Ghana, que representa el 30% de la producción mundial de cocoa, fue mucho mayor que en la bauxita de Africa Occidental Francesa, o los yacimientos de hierro de Nigeria.

Un resultado natural de dichas predilecciones es que en regiones favorecidas con cuantiosas inversiones extranjeras, las condiciones económicas fueron suficientemente favorables para alentar el cambio político. En las zonas menos afortunadas, pobres por su subdesarrollo, la independencia política —aunque fervorosamente deseada— raras veces prospera y no deja de ser el prólogo de luchas intensas y de una disensión interna consiguiente; penalidades que podrían aliviarse tan sólo mediante un insumo rápido de capital extranjero y una aceleración del ritmo de la expansión económica.

En dichas regiones —tales como Africa Oriental, con la excepción de los altiplanos de Kenya— los descubrimientos mineros ocurrieron muy tarde, y la economía dependía totalmente de cualquier cultivo que emprendían las empresas privadas: café, algodón, té, sisal, etc. La ausencia casi total de medios de comunicación adecuados contribuyó al atraso general; y los métodos de cultivo y cosecha a menudo anticuados hicieron el resto.

EL INTERÉS DE LOS GRANDES PODERES EN AFRICA

Sin embargo, la ayuda financiera y de otro tipo no propondrá, de ningún modo, tan sólo de los antiguos dominadores coloniales. A medida que van surgiendo nuevas naciones africanas a un ritmo sin precedente, crece el interés norteamericano en Africa, no solamente en vista de encontrar posiblemente en ella una salida provechosa para préstamos a largo plazo, sino también debido a sus enormes reservas de materias primas y, finalmente, la tremenda importancia que hay en atraerlas —y mantenerlas— dentro del mundo occidental. EUA, por medio de inversiones y de las múltiples posibilidades de su programa de ayuda al exterior, hará lo más que pueda para probar a esas nuevas naciones africanas que una política de libre empresa, basada en el modelo de los EUA, brinda mejores probabilidades de éxito definitivo que los experimentos de socialización, y tiende a acelerar la industrialización de sus economías más o menos primitivas.

A título de ejemplo, los norteamericanos van a señalar a Liberia que, en los 112 años de su existencia, ha crecido próspera basándose en capital de la inversión privada norteamericana —a pesar de un suelo estéril y en ausencia de buenas bahías naturales. Además, la ayuda norteamericana de la postguerra impulsó el desarrollo del puerto artificial de Monrovia, dando a Liberia el importante ingreso de un gran puerto libre y de un centro de reembarque. La inversión norteamericana fue también útil para desarrollar los recursos naturales del país, particularmente su exportación de hule y

la extracción de mineral de hierro, interesándose además sustancialmente en localizar y fomentar los yacimientos minerales.

Los norteamericanos señalan que cosas similares pueden hacerse en muchos otros Estados africanos y a la larga se obtendrían así mejores resultados que por medio de los proyectos socialistas en los cuales algunas de las nuevas naciones africanas desperdiciaron ya importantes sumas de capital, sin obtener aún retribuciones satisfactorias. (El gobierno de Ghana gastó por ejemplo, aproximadamente 9 millones de dólares en proyectos explotados por el Estado, tales como hoteles de lujo, plantas de lavado en seco, salas cinematográficas, aserraderos y fundiciones de hierro, empacadoras de frutas y legumbres, etc. Los funcionarios de Ghana declararon que la mayoría de esas empresas están perdiendo dinero. A pesar de ello, Ghana está considerando nuevos experimentos socialistas, pero intenta fomentar al mismo tiempo la entrada de capital extranjero con garantía de no acudir a la nacionalización en el futuro). Sin embargo, es evidente que los inversionistas norteamericanos esperan que los nuevos gobiernos hagan lo posible para atraer a dicha inversión mediante impuestos reducidos, o permitiendo al inversionista sacar del país todas las utilidades ganadas en él, o bien una parte sustancial de las mismas. En condiciones parecidas las empresas estadounidenses establecieron numerosas subsidiarias en ciertas naciones de Europa Occidental, tales como Bélgica y los Países Bajos, y en el curso de pocos años ayudaron así enormemente a fortalecer sus economías.

Sin embargo, la gran lucha entre Oriente y Occidente quizá induzca a ciertas empresas americanas a considerarse satisfechas con menos por el momento, con miras a mayores ganancias en el futuro. Están muy conscientes de los esfuerzos realizados por el bloque soviético para lograr, por lo menos, una base de partida para sus actividades en África. Guinea, el pequeño Estado del oeste del África, ha firmado ya un convenio comercial y cultural con Alemania Oriental, mientras los países occidentales se mantuvieron al margen para "esperar y ver". Alemania Oriental remitirá a Guinea productos químicos, tejidos y bienes de consumo, y construirá plantas industriales. Guinea —muy necesitada de dicha inversión y de ayuda técnica, desamparada cuando miles de técnicos franceses abandonaron el país al lograr su independencia— dirigirá en cambio a Europa Oriental sus exportaciones de plátanos, café, oleaginosas y otros productos agrícolas, ofreciendo la promesa de sus ricos recursos minerales: mineral de hierro, bauxita y diamantes. Al mismo tiempo, representantes de Polonia intentan vender a Ghana con base en una nueva línea naviera entre dicho país y un puerto polaco; además, una misión comercial checoslovaca se dedica activamente a proponer sus productos en algunos de los nuevos Estados africanos.

El hecho de que Ghana, a pesar de su orientación socialista, desea comerciar con las naciones occidentales y aceptar su ayuda, queda plenamente comprobado por las excelentes relaciones que estableció con Israel y que mejoran cada día; los peritos agrícolas israelíes están ayudando a la nación africana a introducir modernos métodos de labranza, siembra y cosecha. Empero, si otros pueblos occidentales y, particularmente, los norteamericanos no actúan con rapidez para satisfacer las necesidades de Ghana, Guinea y otros Estados africanos, lo más satisfactoriamente posible, es indudable que esas naciones recién creadas volverán sus miras hacia el bloque comunista, y no en vano. Una vez establecidas dichas relaciones económicas, los resultados consiguientes podrían crear serios problemas políticos para EUA y Europa Occidental.

Es verdad que ciertos líderes africanos conocen las implicaciones políticas del acercamiento económico al bloque comunista. Empero, la necesidad es ley, y aunque en algunos

Estados los vínculos con las antiguas potencias coloniales no fueron completamente rotos todavía y podrían convertirse en "colaboración" durante un largo porvenir, las necesidades inmediatas de otros son tan tremendas y el interés del capital occidental de índole tan precavida, que la perspectiva de las relaciones estrechas entre los nuevos países africanos y los países comunistas no son de ninguna manera imaginarias.

EL CONGO BELGA

A pesar de que durante los acontecimientos políticos que generaron dicho alud de naciones nuevas, la paz parecía estar arraigada en el gran Congo Belga, con sus 12 millones y medio de habitantes y tan solo 100,000 blancos, los disturbios de Leopoldville, a principios de enero, eliminaron totalmente la convicción de que Bélgica seguía una política que la protegía efectivamente contra el deseo africano de libertad total. No obstante la ausencia de indicios de inquietud política, y aun cuando el colonialismo belga alcanzó lenta pero seguramente un matiz benevolente, con alimentos y casa para todos, y hasta un cierto grado de educación para labores específicas, las aspiraciones nacionalistas estaban latentes y sólo necesitaron la excitación de una reunión política para convertirse en violencias y muerte.

No es necesario subrayar que los intereses, tanto políticos como económicos, de los países industrializados del mundo occidental en el Congo Belga son muy importantes y de gran alcance. Consideremos tan solo su situación geográfica en el propio corazón de la "Nueva África" y es evidente que la pérdida de una base de operación en dicha zona sería desastrosa para el mundo occidental. Piénsese que su territorio colonial, de una superficie casi igual a la mitad de los Estados Unidos, contiene el 50% de las reservas mundiales de diamantes industriales y de cobalto, que posee inmensos yacimientos de bauxita y aproximadamente una quinta parte de todas las reservas explotadas de cobre y es evidente que su abandono equivaldría a una derrota abrumadora para el Occidente. En esas circunstancias (y también debido a que las condiciones medias del Congo negro bajo la tutela belga son indudablemente mejores, y de un nivel social superior que en cualquiera de las nuevas naciones independientes o semiindependientes) es poco probable que el primer síntoma violento de nacionalismo creciente engendre en breve la independencia política del Congo.

Sin embargo, las condiciones actuales no pueden mantenerse por tiempo indefinido; deben hacerse concesiones, y algunas de ellas muy amplias. Tarde o temprano los congoleños tendrán que participar en el gobierno de su territorio. Una educación política bien orientada daría como resultado, eventualmente, una cierta asociación benéfica para las democracias así como para los millones de seres que constituyen la población del Congo. Una actitud obstruccionista frente a las aspiraciones de libertad de dicho territorio invitaría al desastre; los belgas tienen demasiada experiencia para adoptar este tipo de acción en vez de trazar un plan que los guíe sin tropiezos a través de las épocas turbulentas que indudablemente están por delante.

SIGNIFICADO ECONÓMICO DE LA NUEVA ÁFRICA

El incremento de la capacidad productiva en toda la gigantesca superficie del continente africano en pleno despertar será, naturalmente, de gran importancia para el comercio mundial. En nuestro próximo artículo examinaremos más detenidamente su significado para Latinoamérica y estudiaremos los medios disponibles para combatir los peligros inherentes de esta nueva y formidable fuente de competencia para productos tales como el café, el cacao, los plátanos, el algodón, el azúcar y el cobre, principales productos de exportación de numerosas naciones de América Latina.